

Graduarse en chancas

Jerónimo Olarte López

Medellín 03/2021

Aún me resulta extraño aceptar que, efectivamente, es este el día que había estado esperando por años. En medio de quizás una distopía, comunicándonos por pantallas y portando máscaras que nos sumergen en el anonimato de los ojos hacia abajo, nos titulamos. Hoy la graduación me sorprendió en chancas y a mi diestra está una taza de café a la que quieren obligar a tributar a nombre de una fallida reforma. Clases virtuales, pico y cédula, amor por telepatía. ¡Sin duda es el fin del mundo! No obstante, hoy en la mañana llamé a mi madre para decirle que tranquila, que este es uno de los mejores días de mi vida.

Me gustaría lanzar un birrete al cielo, conjurar el clásico «lo logramos compañeros» y traspasar esta pantalla horrible para dar el abrazo que hace más de un año no he dado. En vez de eso, tomaré el riesgo de la nostalgia, porque cuando se vuelven a pasar las cosas por el corazón nunca se queda igual que al principio.

Hoy atesoro memorias con olor a tinto, a cigarrillo, a una coca recalentada en los microondas que no había. Me suenan a mesas bullosas, a asamblea de 5 horas, a rap improvisado para venderte un pan de chocolate. Me encuentro en medio de los pasillos, chismosos como ellos solos, caminando junto a rostros que algunos vimos caminar a nuestro lado sin saber que sería la última vez: Camilo Arboleda, Alejandro Cock, Mónica Alarcón. Otros rostros de quienes fueron *rockstars* como Foucault y Jaime Garzón. Al final del pasillo estaría quien ostenta el premio al mejor trasero de la Facultad de Comunicaciones y Filología: la estatua de Aleksander Pushkin. El 12 me sabe a pola, a letras, planos y reportajes; a un amor no correspondido minutos antes de que me dejara el metro; a conversaciones al azar en las que, luego de quebrarme, volví a creer en mi oficio y en mis propias convicciones.

Sin duda el regalo no fue la UdeA, sino las personas con quienes se coincidió dentro de ella durante varios abriles de nuestra vida. Seres quienes ayudaron a que uno se forjara, a que uno se perdiera y encontrara, se refutara, se reafirmara y también se perdonara. Personas con quienes se descubrió que la academia también está afuera y se viste de muchas formas; que Caperucita no era tan niña y quizás sí quería entrar al bosque; que Adán y Eva, o mejor Eva y Adán, acertaron en tomar el fruto prohibido,

en comerlo y en comerse; «que no todo lo rico engorda y no todo lo bueno es pecado» como dijo Shakira; que Betty la Fea y Mafalda también son revolucionarias. Citando a McLuhan, «el medio es el mensaje», el «cómo decirlo» es tan importante como el «qué» decir, pues es el cómo el que salvaba al bufón de ser decapitado por el rey después de enrostrarle las verdades incómodas. Es esa nuestra labor, pensar el «cómo», leer, enunciar, comunicar con la verdad, que sea la circulación del saber la que nos salve a nosotros y a nuestros semejantes. Debemos imaginar la letra que le falta al alfabeto, pero también debemos crear los medios para dar voz a quienes apenas pueden deletrear su nombre. Comunicar es tener poder, y —espero que la siguiente cita no incomode a los académicos más recalcitrantes— como el tío Ben le dijo a un joven hombre araña: «un gran poder conlleva una gran responsabilidad».

Hoy, aunque encerrados, hacemos alarde de este diploma que nos hincha el pecho de orgullo, no es para menos, pero no olvidemos echar un vistazo afuera, en un mundo donde hizo falta un virus para exponer cuán enfermos veníamos. Pandemias como la corrupción, la violencia y la indiferencia son aún peores. Que el homenaje al que hoy somos acreedores sea la reafirmación de nuestro voto de conciencia y compromiso con la tierra llamada hogar.

Hagamos que este día sea particularmente nuestro, reconociendo el mérito al esfuerzo personal, familiar e institucional. Que este día sea para padres y madres quienes nos bendijeron desde la puerta espantando al infortunio; docentes quienes nos formaron sabiamente, y para las amistades cálidamente indispensables. Que sea para quienes estudiaban de día y trabajaban de noche, o tenían hijos e hijas quienes eran la razón para luchar por un mañana diferente. Que este día sea para quienes llegamos desde lejos, viendo a través de la ventana de un bus intermunicipal el camino que se nos empezaba a dibujar. Que este día sea nuestro, sí, y los días siguientes que sean para el mundo, nuestro planeta, para los niños, los silenciados y quienes aún resisten.

A mi *alma mater* gracias, porque recordaré el día en que joven llegué a ti, en tu abrazo me atreví a descifrarme y a aprender formas en las que puedo cambiar al mundo; aún hoy confío en que voy a hacerlo. La educación, la cultura, la ciencia, la resistencia digna, el amor, sobre todo el amor. Estas no son las mejores formas para cambiar el mundo, son las únicas que nos quedan.